

de construcciones sacras. Por otra parte, la resistencia de la legislación romana a admitir enterramientos intraciudadanos, favorece el hacinamiento de sepulcros a la entrada de la ciudad. Roma separa su pasado de su futuro con una línea bien delimitada.

Pero la vida exige ocios y los circos, teatros y anfiteatros marcan otro de los rasgos de la urbe, que habitualmente se conforma con pasear por los jardines y pórticos; con pasar un rato en las terrazas y vivir el ambiente artístico que progresa con los años, y convierte a Roma en vía en lo que será para nosotros un enorme y admirable museo. Entre tanto, a medida que la ciudad se desarrolla siguiendo los cánones de la urbe mítica, canon viviente de las urbes, los ciudadanos vivirán la contradicción de sentirse atraídos a su barrio. También esta transformación del alma romana con/contra su ciudad es objeto de estudio. El incendio de Roma marca el fin de lo que fue la urbe, pero su definitivo hundimiento lo acarrean las restauraciones.

Así pues las condiciones urbanísticas, las plazas, la arquitectura religiosa y funeraria, las sedes de espectáculos y de placer, el arte triunfal y las crisis y decadencia de la ciudad son temas que se desarrollan diacrónicamente y se exponen en forma reflexiva y bien fundamentada.

Si bien no hay indicaciones al respecto, la bibliografía parece enviar, con algunas excepciones, a las publicaciones de los últimos años —en su mayoría francesas o publicadas en francés.

En fascículo adjunto, la obra añade una cronología del urbanismo romano, un léxico de términos de arquitec-

tura y un índice de monumentos con referencia a los puntos en que han sido comentados. No hay índice de las fuentes referidas a pie de página, sólo una indicación de que se han tomado de la CUF.

Es en resumen un texto interesante y útil como obra de consulta para la lectura de textos, finalidad al parecer de la colección «Realia». La obra viene recomendada por un breve, pero entusiasta, prefacio de P. Grimal.

Pedro-Luis Cano Alonso

A. GIL ALBARRACÍN
*Construcciones romanas de
Almería.*

Biblioteca de temas
Almerienses, serie monografías 6,
Almería, 1983, 182 pp. + 8
planos desplegables

El libro que aquí se nos presenta constituye ante todo un motivo de reflexión sobre la posibilidad de conservación y utilización de restos arquitectónicos romanos en la actualidad. En efecto, el autor presenta tres conjuntos que dejan atónito al lector y obligan a replantear la cuestión de la romanización del SE peninsular y de la continuidad de sus infraestructuras a lo largo de los períodos subsiguientes, aunque de sobra es sabida la dificultad que entraña la situación cronológica de este tipo de monumentos aislados sobre la base de una prospección; se evidencia la necesidad de una revisión en base a los datos aportados por A. Gil que de una manera u otra abrirán una polémica sobre la existencia de estos restos en Almería que para otras

zonas podríamos también relacionar con épocas más recientes.

La obra se divide en tres partes bien diferenciadas que estudian consecutivamente los «aljibes romanos del Campo de Níjar» (pp. 23-54), las «construcciones romanas en Abla» (pp. 57-119) y «los acueductos de la Rambla de Carcauz» (pp. 123-182). Cada uno de los capítulos va acompañado de detallada información gráfica y buenos planos, alzados y secciones elaborados por el propio autor.

En el primer apartado se da a conocer fundamentalmente el llamado aljibe Bermejo propuesto como monumento histórico-artístico y la destrucción del similar aljibe del Jabonero. El primer aljibe, en sorprendente estado de conservación, en una balsa con bóveda sostenida por arcos fajones, sirve todavía de ocasional depósito de agua; el autor no deja de señalar que su cronología carece todavía de contexto arqueológico pero propone una datación dentro del s. I d.C. subsiguiente tal vez a la reforma augustea.

El segundo capítulo, centrado en torno al municipio de Abla, sobre el que se cuenta con una documentación más importante, se inaugura con una revisión de las fuentes literarias, historiográficas y epigráficas entre las que se identifica el pedestal de L. Alfeno Avitiano (*CIL* II 3401) con el existente en la puerta de la ermita de San Antón, hoy desgraciadamente ilegible. Una breve síntesis del papel de *Abla* en la organización administrativa romana da paso a la descripción pormenorizada de los restos de la ermita de San Sebastián, un edificio de planta cuadrada cubierto con bóveda de arista que A. Gil identifica como

un posible monumento funerario junto a la vía Cástulo-Málaga, que podría ponerse en relación con otros restos de necrópolis señalados por Madoz. En lo concerniente a la cronología, el horizonte proporcionado por los hallazgos epigráficos y otros arqueológicos similares, permiten al autor apuntar una fecha dentro de la segunda mitad del s. II d.C. y la hipótesis, sugerente aunque arriesgada, de que este mausoleo pudiera corresponder a L. Alfeno Avitiano.

En el recinto del castillo de Abla, identifica A. Gil un aljibe como técnicamente romano, alimentado mediante un acueducto, amortizado ya en época medieval, en torno al cual no son infrecuentes los hallazgos de *sigillata*.

En el inmediato Castillejo de Abucena se reconoce el trazado de una vía estrecha en parte excavada en la misma roca que el autor señala como una vía militar romana que da acceso al Castillejo utilizado como zona defensiva en época musulmana, pero transformando elementos romanos preexistentes, de entre los cuales el autor estudia una cisterna actualmente camuflada bajo apariencia de refugio.

El último apartado del segundo capítulo se titula excesivamente «El templo romano de la iglesia parroquial de Abla»; en él el autor aproxima una interesante decoración en ladrillo del paramento sur con la figuración de un templo romano sobre el que A. Gil se pregunta si podría responder en realidad a un edificio preexistente, interrogante para el que toda respuesta es prematura y carente por el momento de bases en que cimentarla.

En la última parte del libro, dedica-

da a los acueductos de la rambla de Carcauz, asistimos a la revelación de la conservación del trazado de una instalación hidráulica que con modificaciones e itinerarios alternativos ha permanecido en servicio hasta prácticamente la actualidad; los principales desniveles son sorteados mediante tres puentes, de *opera caementicia e incerta*. El primero —el arco de los Poyos— salva una profunda vaguada mediante un arco de 10 m de luz sostenido por dos pilares de unos 4 m apoyados sobre la pared rocosa. El segundo quedó por terminar, de lo cual se hizo eco el nombre popular —el puente «por rematar»— y habría servido para evitar un desvío en la conducción; en el plano F el autor propone una reconstrucción como puente de tres niveles con un total de 24 arcadas. El tercer y último puente es el llamado de «los veinte ojos» a causa de su número igual de vanos, interesante sobre todo por la disposición de sus arcos en 4 pisos.

Este acueducto deposita su caudal en una balsa de acumulación —balsa del Molinero—, depósito descubierto a partir del cual las construcciones actuales enmascaran las antiguas a las que sin embargo es lógico deducir se superponen. La cronología del conjunto es evidentemente difícil de establecer, aunque parecen distinguirse dos etapas de construcción; de todos modos el autor prefiere, prudentemente, dejar abierta la cuestión hasta no disponer de más datos objetivos. En cambio lo que sí parece probable es su relación no con un núcleo urbano sino con una explotación agraria (¿villa de Casablanca? en VÍcar) de regadío; con afán de exhaustividad el autor reseña brevemente los datos publicados acer-

ca de tres enclaves —la Algaida, Cabriles y Murgis— en torno al campo de Dalías en la llanura que se extiende al sur de la peña de Gádor, cuya entidad y exacta identificación —salvo el enclavamiento de Murgi— está no obstante todavía pendiente y a la espera de una exploración sistemática.

La conclusión más evidente que puede deducirse de este libro, además de la necesidad de una comprobación arqueológica, es la posibilidad de rastrear el asentamiento romano en una zona poco conocida hasta ahora; hay que pensar que nos hallamos ante una laguna bibliográfica, con la sola excepción para ciertos casos de las descripciones de Madoz y de algunos autores contemporáneos. A. Gil ha empezado a llenar este vacío describiendo con detalle unos restos detectados a raíz de prospecciones para llevar a cabo un estudio de la arquitectura popular de la zona. Es comprensible por ello que el entusiasmo, no exento de asombro, arrastre en ocasiones al mismo autor a avanzar dentro del campo de las hipótesis que plantean sus descubrimientos —cuyo proceso se relata en primera persona de manera apasionada y apasionante— y que ponen de manifiesto la atención que en el futuro se habrá de prestar a las estructuras preislámicas del sudeste español, en este caso quizá comparables en adaptación al clima y en entidad a las existentes en el norte de África, como proféticamente ya había intuido A. Schulten.

I. Rodà